

Actualidad del liberalismo

JAVIER TUSELL

¿Es verdaderamente actual el liberalismo? Esta pregunta resulta quizás excesivamente genérica para darle una respuesta taxativa. A la hora de procurar descubrir el sentido que puede llegar a tener se llega a la conclusión de que el liberalismo representa en el mundo de 1987 cosas diferentes según el interlocutor. Por ello, puede llegarse a conclusiones totalmente contrarias e incluso contradictorias al preguntarse por la vigencia del liberalismo. En cierto sentido, los principios liberales tienen hoy en día una mayor vigencia que en cualquier momento de la Historia reciente; parece que con respecto a ellos existe en las sociedades occidentales una opinión generalizada que los acepta y lo hace con decisión y entusiasmo. Ahora bien, el liberalismo al mismo tiempo nos sigue pareciendo (o les sigue pareciendo a muchos) un producto de un pasado lejano, y el adjetivo «liberal» se continúa utilizando como sinónimo de algo en cierta manera incompleto o insuficiente.

Quizá, por tanto, la mejor forma de aproximarse al interrogante con el que se abren estas páginas sea hacerlo mediante círculos concéntricos. El primero es obvio: si por liberalismo ha de entenderse la vigencia o la hegemonía de los partidos liberales, evidentemente no existe ningún indicio en las sociedades occidentales de que exista o tenga esperanza de existir una prosperidad electoral para dicho tipo de partidos. Basta con remitirse a la lectura de la prensa para probarlo. De hacerla más bien obtendríamos una respuesta totalmente diferente: los partidos liberales no crecen espectacularmente; lo que sucede es que cuando se menciona la «solución liberal» se la identifica con opciones políticas que tienen una significación y una denominación que tiene poco que ver con el liberalismo del siglo XIX. Parece que hemos llegado, así, a la conclusión de todo un proceso. El liberalismo nació como contraposición a las fórmulas vinculadas al antiguo régimen, pero, a partir de su triunfo, estalló, por así decirlo, y ha impregnado de sus principios al resto del panorama político de los países occidentales. Ser exclusivamente liberal en el terreno político quizás casi no sea nada y es discutible si tendría sentido la existencia de un partido liberal en una sociedad

occidental. Pero el liberalismo es mucho más que esos partidos liberales que todavía perduran.

La actualidad del liberalismo no es la especial vigencia de los partidos liberales, pero tampoco es la especial relevancia de las soluciones individualistas radicales, ni la victoria de un impreciso y sedicente liberal-conservadurismo, ni el triunfo de una técnica de gestión económica.

A veces se confunde el liberalismo con un cierto libertarismo que ha tenido su mejor expresión en algunos medios anglosajones y sobre todo norteamericanos. No conviene referirse extensamente a esta cuestión, entre otros motivos porque las divergencias entre liberalismo y libertarismo son obvias. El libertarismo no tiene propiamente que ver con la acracia, aunque por su individualismo radical a veces lo parezca. Al aludir a él me refiero a determinadas teorías sociales o políticas que recalcan la relevancia del individuo (Nozick, por ejemplo), a teorías económicas que se trasvasan a campos de actuación que no son estrictamente esto (Milton Friedmann) o a divulgadores que expresan sus puntos de vista de forma más cercana a la realidad política de la sociedad norteamericana (Murray Rothbard, por ejemplo). Quizá el mayor interés que tiene este tipo de posturas es haber sido excepcionalmente provocativas a la hora de presentar lo que podrían denominarse como alternativas contrafactuales a determinadas situaciones presentes. Nadie, sin embargo, podrá decir que este tipo de tesis haya obtenido un éxito espectacular.

Tampoco se puede decir que la actualidad del liberalismo esté estrechamente relacionada con un cierto conservadurismo emergente en las sociedades del mundo occidental. La verdad es que este segundo fenómeno también se da, pero no está relacionado directamente con el primero ni menos aún de manera necesaria. El error de vincular el uno con el otro procede en buena medida de los libros escritos por un periodista francés, Guy Sorman, bajo los títulos «La revolución conservadora» y «La solución liberal». En el segundo, Sorman llega a afirmar que conservadurismo y liberalismo, que en el pasado habrían sido antitéticos, ahora, en cambio, son complementarios; el conservadurismo sería una actitud, al mismo tiempo que el liberalismo es un proyecto para el futuro. En realidad, conservadurismo y liberalismo siguen siendo diferentes en esencia: el mundo del liberalismo es el de la aceptación de la posibilidad de la transformación permanente, mientras que al conservadurismo le caracteriza más bien una actitud reticente al cambio. El hecho de que el conservadurismo sea, en 1987, liberal en el terreno económico o que la actualidad del uno haya coincidido con la emergencia del otro no nos debe hacer pensar que son las dos caras de un mismo fenómeno.

En fin, cuando se hace mención de la actualidad del liberalismo no se hace mención únicamente a una técnica de gestión económica. Es obvio que la crisis económica ha podido tener

como consecuencia una consideración de que el papel del Estado en la vida económica debía ser menor o más discreto; es obvio también que frente a una ampliación de las responsabilidades económicas del Estado de otros tiempos, ahora se tiende a reducirlas. En realidad, los que practicaron una política económica y social socialdemócrata fueron no tan sólo los partidos que en su día respondían a estos parámetros ideológicos, sino también a muchos otros. Pero el fenómeno de la actualidad del liberalismo es mucho más amplio que la existencia de una determinada política en un terreno sectorial concreto.

En mi opinión, la actualidad del liberalismo es grande no por las razones a las que se ha aludido en los párrafos anteriores, sino porque se trata de una recuperación de los principios fundamentales en los que se basa un tipo de sociedad, la europea occidental, después de un período en el que ha parecido convertirse en hipercrítica de los mismos. En efecto, a la hora de hablar de la actualidad del liberalismo hay que tener en cuenta que en un porcentaje muy elevado deriva de una situación reactiva. A veces son los mismos que criticaron los principios del liberalismo los que ahora los han redescubierto: de ahí que quienes un día fueron militantes destacados, en el terreno ideológico, de la Europa de 1968 hayan descubierto repentinamente, con un fervor inequívoco, pero que a veces parece el de un converso, en qué se basa el liberalismo. A veces no son los protagonistas del 68, sino sus hijos. Esta es una de las razones más importantes por las que no se puede calificar de conservador el fenómeno de la vuelta al liberalismo: procede de un cierto componente libertario que tenían los fenómenos ideológicos vinculados con aquella fecha crucial. En los Estados Unidos, donde con frecuencia se ha mencionado la existencia de una revolución conservadora, el fenómeno es idéntico porque son antiguos demócratas, lo que en el lenguaje de aquel país se denominan como «liberales» los que están protagonizando un cambio ideológico tendente a la recuperación de los valores del liberalismo (entendido, ahora, en el sentido europeo). El caso de los Estados Unidos nos pone en la pista sobre la esencia de esta actualidad del pensamiento liberal. Allí, en efecto, lo esencial no es en absoluto la política a seguir en materia económica para quienes han descubierto los principios básicos en los que se fundamenta la sociedad liberal, sino la amenaza totalitaria que representa el expansionismo soviético. Se trata, por tanto, de un planteamiento un tanto diferente, pero que coincide en un fundamento común.

En general, por tanto, no se puede decir que la actualidad del liberalismo dependa de un «endurecimiento» de las políticas económicas, ni de la emergencia del conservadurismo. Lo que sucede, en definitiva, es que si el Estado ha sido criticado es sencillamente porque también de esta manera nació el liberalismo como ideario. Dahrendorff ha señalado, con razón, que el Estado es acusado con frecuencia de ser un **«inepto**

costoso», acumulando, en esta frase, por tanto, dos motivos de repudio. Jean Erareis Revel ha señalado que el mal de nuestro tiempo no es el Estado, sino el estatismo, es decir, no el conjunto de instituciones que los humanos se han dado como consecuencia de su vida en común durante los últimos siglos, sino la actitud psicológica de acuerdo con la cual se debe esperar todo lo positivo de esas instituciones convertidas en el recurso imprescindible para resolver todos los males de la sociedad.

En el fondo, la situación tiene bastante parecido con los momentos iniciales del pensamiento liberal. Como entonces se planteó la legítima obediencia a esas instituciones tradicionales, ahora es preciso que se plantee hasta qué punto es lógico y aceptable que el Estado no sea sometido apenas a la acerba crítica de la que también fue objeto al final del antiguo Régimen. La comparación podría ser prolongada en dos sentidos en los que existe un evidente paralelismo entre el momento fundacional del liberalismo y su revivir actual. El liberalismo nació, en primer lugar, por la labor de crítica al Estado en el sentido de que éste debía renunciar a intervenir en los fines superiores de la vida humana. La lucha por la tolerancia religiosa contribuyó, por tanto, a recortar el papel del Estado y sobre todo a negárselo en estas cuestiones decisivas. Hay una conexión muy estrecha entre este tipo de actitud y la existente en la actualidad con respecto al totalitarismo. El totalitarismo pretende precisamente la reconstrucción de un importante papel del Estado en esos fines trascendentes de la vida humana; puede hacer desaparecer la trascendencia, pero en realidad el Estado juega con respecto a ella un papel sustitutivo. De esta manera, si hoy tiene actualidad el liberalismo es por la particular conciencia que hemos adquirido de que el totalitarismo es el invento más cruel y más trágico del siglo XX.

La segunda operación intelectual por la que se llegó al liberalismo consistió en, reducido el papel del Estado, a unos límites que no afectaban a sus fines más altos o a su intimidad, hacer derivar de las características esenciales del ser humano un marco de derechos y libertades. Con unos y otras se establecía la independencia de la sociedad o el conjunto de los seres humanos y el Estado. Lo fundamental en el pensamiento liberal respecto del mundo del antiguo Régimen es que distingue entre poder y opinión, hace distintas a la sociedad y el Estado, y, además, establece un nexo periódico entre ambos que es la representación política. De ello deriva que, para una mente liberal, constituye una exigencia básica el que esa opinión y esa sociedad se desarrolle y alcance de sus potencialidades. Si no es así, inevitablemente el liberalismo entra en peligro. Ahora bien, uno de los diagnósticos del momento presente podría ser que a través de esa enfermedad denominada estatismo se puede estar produciendo una reducción de la capacidad de reacción de la sociedad.

Es ésta la que se está dando ahora y la que hace al libera-

lismo, así entendido, especialmente actual. En un libro relativamente reciente, Giscard d'Estaing ha escrito que la cuestión de la libertad se plantea con fuerza en el momento en que la libertad está en peligro; pierde, en cambio, su prioridad absoluta cada vez que la libertad se da por adquirida y parece algo tan cotidiano que incluso su existencia es olvidada. Nada peor que la seguridad de la libertad para no ejercerla, y de ello se puede llegar con facilidad a olvidarla por el procedimiento de no practicarla. Es muy posible que la Europa Occidental haya sentido el ansia de liberalismo precisamente en los momentos en que por una concurrencia de factores (el mal del estatismo, la no aceptación del fundamento ideológico de la sociedad liberal, la apatía política...) aquél se veía mermado en sus posibilidades y en su realidad.

Esas son las razones por las que el liberalismo, en el sentido en que se utiliza la expresión en este texto, es actual. Ahora bien, el modo en que se ha producido el resurgir del liberalismo es peculiar y característico. Quiero decir que hay determinados rasgos en el liberalismo renacido que se dan precisamente en este momento, que probablemente no se han dado en ningún otro y que desde luego no se dieron en el liberalismo germinal.

En primer lugar, el liberalismo renacido es un liberalismo de principios. Con esta afirmación quiero indicar que el liberalismo emergente no puede entenderse como la simple vinculación a un procedimiento técnico de gobernar sociedades complejas, sino que es mucho más que eso. Dahrendorff lo ha señalado de una forma parecida: es preciso pasar del liberalismo anómico a la fundación humanista del liberalismo. El liberalismo no puede basarse únicamente en la protección a determinados derechos y en la elección periódica de unas autoridades políticas. El liberalismo tiene que asumir las condiciones necesarias para que cada ser humano pueda desarrollar al máximo sus potencialidades en un marco en el que esto sea posible y se vea favorecido. Hay valores en la sociedad, como son los de solidaridad y participación, que no sólo no son ajenos a la esencia misma del liberalismo, sino que el liberalismo no puede vivir sin ellas. Dahrendorff, al referirse a la solidaridad, alude a lo que denomina como «pequeñas redes sociales». Son esos cuerpos intermedios en los que se puede sentir de una forma más inmediata y directa la conciencia de comunidad; sin ellos se deja de palpar lo que realmente la sociedad liberal es. Participación supone adquisición del propio protagonismo en una sociedad en la que lo más cómodo puede ser simplemente la apatía; ahora bien, esta última hace imposible la liberación de las energías creadoras, que resulta tan característica de la sociedad liberal.

En segundo lugar, el liberalismo de la actualidad ha redescubierto la idea de responsabilidad. La crisis del Estado-providencia es una realidad financiera, pero la razón por la que primordialmente le interesa al nuevo liberalismo no es únicamente por su habitual crítica a la megalomanía estatista,

sino porque detrás de ella detecta la ausencia de responsabilidad de los individuos y de la sociedad. Hay que pasar, dice Dahrendorff, del Estado social a la sociedad conscientemente social. La omnipresencia del Estado ha acabado por engendrar otros problemas, pero, además, ha acabado en una bancarrota o puede acabar en ella. La solución puede pasar por un responsable contrapeso entre la conservación de la libertad concreta frente al Estado, el mantenimiento de éste como protector de las necesidades, pero también por la combinación entre un tipo de contribución estatal que alcance un determinado mínimo y la aportación personal que no llegue a convertirse en una privatización del riesgo. Esta idea de responsabilidad supera una antinomia que es habitual entre los liberales: lo esencial no es llegar al Estado mínimo del que ha escrito Nozick: lo verdaderamente fundamental es llegar al Estado óptimo. Este último calificativo ha de entenderse en un doble sentido: óptimo desde luego en cuanto a volumen para ser gestionado, pero óptimo también para que pueda permitir el protagonismo responsable de la sociedad y del individuo. La regla de oro podría ser en este sentido plantearse en cualquier ocasión posible la eventualidad de la inexistencia de la acción estatal y a continuación decidir en consecuencia. El Estado siempre debe, por tanto, ser cuestionado, pero tiene también una razón de ser ética; su simple ausencia no hace a la sociedad más responsable.

En tercer lugar, el liberalismo de 1987 es esencialmente pluralista. Toda sociedad liberal hace posible el pluralismo, pero no todas las sociedades consideran el pluralismo un enriquecimiento social, sino que las hay que lo consideran un defecto o un testimonio de limitación. El liberalismo de nuestro tiempo ha descubierto que el pluralismo es el gran instrumento para perfeccionar las sociedades liberales. Benoit, por ejemplo, ha señalado que lo característico de estas sociedades no sólo no es el conservadurismo, sino la transformación permanente. La razón es muy sencilla: en una sociedad liberal su condición pluralista, reforzada por la voluntad de quienes quieren profundizar verdaderamente en ella, permite la aparición de ideas nuevas, porque pone a todas en concurrencia y, por tanto, permite decantar lo que tengan de positivo. Dahrendorff ha señalado que una sociedad liberal (e individualmente, un liberal), si por algo se caracteriza es por la «tolerancia combativa». De lo primero surge la promoción del emerger de las nuevas ideas; de lo segundo, su decantamiento. Hay por supuesto adulteraciones de lo que es el verdadero pluralismo: a veces, por ejemplo, en los países en los que se ha fragmentado en exceso el panorama político, pluralismo se ha convertido en sinónimo de reparto porcentual del poder del Estado. Evidentemente, de esta manera es imposible que el pluralismo adquiera toda su virtud creadora. La ausencia de pluralismo tiene como consecuencia la imposibilidad de la concurrencia entre fórmulas ideológicas distintas. No hay nada más peligroso que el proteccionismo de las ideas, porque éste traslada

a la sociedad liberal una falta de concurrencia entre las mismas, propia de países anteriores al sistema liberal o totalitario. De ahí el peligro de unos medios de comunicación o una educación que no practiquen un real pluralismo.

En cuarto lugar, el liberalismo renacido se concibe como un todo global; es, por tanto, un liberalismo sistemático. Quiere decir esto que el liberalismo como libertad no es algo que pueda funcionar por parcelas, en unos aspectos de la vida sí y en otros no. El liberalismo es total o está en declive. Las libertades forman un conjunto armónico que debe ser resguardado con mentalidad vigilante y que, en caso de ser dañado, sufre en su totalidad. Incluso se podría decir más: la libertad sufre, aunque se la ataque a muchos miles de kilómetros de distancia de donde es practicada sin especiales dificultades. En cierta manera, allí donde se ataca la libertad se pone en peligro mi libertad, por mucho que yo viva en una sociedad liberal. Recordar esto es importante, porque por razones éticas, pero también de simple y puro egoísmo, es necesario defender la libertad no en una sola parcela geográfica, pero sí para la totalidad del mundo. Es necesario también hacerlo para la totalidad de la actividad del ser humano. En los países de cultura latina la libertad política parece ser sentida como un medio para oponerse a los poderes tiránicos; en cambio, la libertad económica a menudo tiene la imagen de resultar coincidente con el abuso y la desigualdad. Lo que importa recalcar es que no son diferentes, sino aspectos de una misma realidad. La sociedad liberal, dice Benoist, es un tipo de sociedad, un conjunto coherente dotado de una lógica propia. Si se destruye en una parcela concreta esta lógica, se pone en peligro la totalidad de la sociedad o por lo menos se crean graves peligros para ella al desequilibrar la totalidad del conjunto.

Finalmente, el nuevo liberalismo, en esencia idéntico al original, ahora renacido, difiere en un punto esencial o por lo menos muy importante de la fórmula original. La fórmula liberal no es ya individualista, sino social. Por supuesto, puede también existir un liberalismo que no lo sea. Se distingue porque, aplicado sobre todo al terreno de lo económico, no suele tener en cuenta las consecuencias de las decisiones de este tipo y divide al género humano entre quienes son protagonistas de la evolución económica de un país (como gestores del poder del Estado o como agentes de los procesos económicos por su riqueza o capacidad técnica) y los que no lo son. Una crítica como ésta a cierto liberalismo puede parecer dura, pero es nada menos que de persona tan identificada con el liberalismo en la política europea reciente como Valéry Giscard. d'Estaing. El liberalismo de 1987 es una fórmula de solidaridad y de reconciliación. No se puede decir, por tanto, que sea lo más característico del liberalismo ese tipo de actitudes que en políticas sectoriales y como talante practican la sistemática confrontación con sus adversarios ideológicos. Una cosa es la recuperación de los principios liberales y otra, diferente, ese tipo de confrontación a menudo innecesaria.

**Bibliografía reciente
sobre el liberalismo**

- Ralf DAHRENDORFF,
«*Al di la de la crise*», Bar,
Laterza, 1984.
- Valéry GISCARD D'ESTAING, «*Deux français sui trois*», París, Flammarion, 1984.
- Francís Paul BENOIST,
«*La democrate libérale*», París, Presses Universitaires de Frunce, 1978.
- JEAN Francois REVEL,
«*Le rejet de l'Etat*», París, Grasset, 1984.
- Guy SORMAN, «*La solution libérale*», París, Fayard, 1984.